

Antes que dirigirse a lector, el poeta no sólo procura decirse algo, sino construirse ante sí mismo con la palabra—el cable expone así—: por eso el lenguaje en él no aljeará mucho de los significados comunes. Al momento la auténtica poesía presenta resistencia al lector. Hasta brotar en ella nuevas voces así, el que nombra las apropiaciones líricas de "Los Despojos del Sol", de David Rosenmann Taub, obra aparecida recientemente con el sello "estético" (Argentina), en un "Anexo Primavera". El vocablo irá revelando su sentido ordenador con la acumulada publicación de la "Amante Segura".

¿La naturaleza, la actividad, los acontecimientos o la mera conciencia crean la realidad de la persona en toda su singularidad? Sin los hechos de la vida, en nuestros actos, en los sucesos que nos afectan, en el mundo exterior, ¿nos reconocemos, o acaso mostramos para "ser"? ¿O acaso logramos esa singularidad sólo mediante la misma, profunda percepción de nosotros mismos?

A mi parecer, entre tales interrogantes maduran las vivencias del "Diario de un Guajaro" y de otros poemas del libro, expresión de un dramático dilema en el hombre entre la conciencia de sí mismo y su existencia. Sin duda, si esa persona en cuanto se tiene conciencia de sí, pero el entregarse uno a existir es como perder esta conciencia: es decir, al darse a los actos y reacciones habituales. Resultado paradójico: no se es persona en cuanto se existe. Se percibe uno en puro acto de conciencia, se aprehende hecho así de uno. ¿Qué es este vacío? ¿Dónde está la realidad de uno mismo? Desde otro punto de vista, no es posible el

conocimiento pleno de sí: se vive a prisiónado irremisiblemente en la existencia o en la conciencia, ayudados inconscientemente.

"Sólo, por fidelidad. ¿A quién?", dice el poema I. Uno sale para existir y demostrarse su propia existencia—dijémoslo así—, para encontrarse consigo mismo pero no se encuentra, ya que deja de percibirse, de reconocerse en los actos comunes. Esto equivale, por otra parte, a no haber salido, a no haber existido plenamente, ya que la existencia plena requiere la conciencia.

"Palpame, albrino, ahora, cerrame, con diáfano siglo (si no, ¿qué pasará?), estrechando la gaviota que me purifica donde que sé que no existe".

Esto significa, a su vez, negar el movimiento o demostrar su ineficacia: "Intenté, capturé la esquina donde gira el Imperio de Todo". Tampoco la naturaleza alimenta la realidad de la persona. "Convoqué alamedas para servirme". Pero las alamedas "dormitan desoladas". No se disfrutan. No nos reflejamos en el espejo, sino el espejo se refleja en nosotros. El espejo vacante no refleja nada; a lo sumo, "casi retaga", y "apenas", "la forma de lo inferno" (Poema III). Si queremos servirnos de la naturaleza, ella se sirve de nosotros: si queremos admirarla, ella misma nos devora. Así, dice de las arborescencias el conchal, en el poema "Manjar".

Dan conciencia a la voracidad: gusan su modo de avvenir mi saliva.

No nos pertenece el cuerpo: bombas, párpados, manos: si los retratos nos representan, son horizontes

7/20/77

Alberto Rubio comenta a
David Rosenmann

Los Despojos del Sol

Imposibles de salir, "horrendos", "condicionados" de nosotros mismos: que nos sorbieran y desprendieran de nuestra propia identidad (Poema VIII). La Divinidad no se halla fuera del encierro en que nos debatimos. Dios no está más allá, sino aquí, "entre el ropero y la cama" (Poema VIII). Guardamos identidad con él antes que semejanza. Impone silencio y es el silencio. No nos presta ayuda para conocernos. Conocernos resulta más difícil que conocer a Dios.

Poseer es alejarse uno: es acercar la abeja al aguijón "a tomar sed"; es el morir comprendiendo, y, por fin, el ceder a ese curso natural de desprendimiento aún del tecto aún de permanencia representado por la abeja insistente con su almuero "que se enfía", en el poema "La Posesión", cuyo misterioso hechizo resume escenas del Sermón de la Montaña.

Atreviémosla la vida del universo en "Rito". El cosmos vagabundea "desventajado", pero como en pájaros, "albergo aún", sin el aliento, ya extenuado de su propia orfandad y fragilidad, a oscuras y en busca de más tinieblas, como si su más alto grado de evolución fuera el buscar la conciencia del hombre aturdidamente, intentando que sólo en ella, única

luz, podrá alcanzar sentido su viaje. Gracias al contacto con "yo" del poema, surgirá triunfante la belleza. Acto ritual, rítmico del cosmos en pos de su madurez "de estiracol", pero madurez al fin.

Frígil, fluctuado, sobre su bófaro de tropo, zonas mustios, alborde aún, desvenecado, sólo al aljeara olr goteando, cinco tras más quequera, el lardo, cartomato estreplioso

Releemos alguna página de Jean Rostand, el biólogo. La vida habría aparecido quizá sólo en este planeta, y la conciencia sólo en el hombre. Furo amar. La conciencia humana, única luz del universo: el concebido resalta espumantemente nuestro sentimiento de orfandad y aislamiento. "Yo no vería nada de imposible el que nuestro mundo hubiera el trágico privilegio del cerebro humano y que el fuera el único lugar del universo en donde el ciego juego de las moléculas hubiera terminado en reflexión y tormento", (1).

Con el paso de los años cobra mayor relieve en uno el agravio: la conciencia como verdaderamente refugio en la vida—pero a esa sensación de aislamiento que pueda provocar— actitud que debió de tener su origen en Jesús de Galilea. Léase las estrofas finales de un poema de Luis Cerauda, "Tarde Oscura".

Por estos suburbios sordidos, sin norte vas, como el desdiseño inútil del hombre.

Y en el pensamiento,

luz o fe ahora

buscas, mientras vences

albergo la sombra.

A nuestro parecer, David Rosenmann, en alucinante visión, con mucho de extraño humorismo, evalúa la conciencia y la voluntad creadora en su poema transcrito y en otros del libro. Nos deja algo así como cómicamente desolados, pero a la vez nos conforta con esa tranquilidad que sobreviene tras la presencia o la experiencia de un drama seguida del logro de una verdad.

Valdría la pena detenerse más en estos poemas. Quisiera "El Eclesiastés", Pascal, el pensamiento existencialista, traza puntos de referencia y comparación. Y "El Cementerio Marino". De algún modo se siente que la fecha de Xenón que hirió a Valery tiene también a Rosenmann.

Ojalá que esta versión breve de una experiencia en la más inmediata lectura de un libro exigente no violenta demasiado a sus lectores ni a su propio autor. Quisiera en estas líneas se interpretara o dijera más que se valiera, pero como, al menos, una experiencia, frente a un notable texto de poesía recientemente aparecido, no dedicado a James Joyce,



David Rosenmann.

como se ha supuesto—dicha sea de paso— sino a una amiga del poeta. La solidaridad del oficio une al autor del libro. Por eso, pero por mucho más, en aras de la vida de las letras en el país de este breve paso escrito, en vista de que la crítica literaria habitual ha guardado más bien silencio, juzgo recomendable, no tanto reivindicar una atención que se merece el autor de los poemas, como que la atención sea puesta en el — en su libro— ya que le es debido.

(1) "El Hombre y la Vida". Fondo de Cultura Económica, 1969, pág. 48.

ALBERTO RUBIO.
Santiago, julio, 1977.

Los despojos del sol [artículo] Alberto Rubio.

Libros y documentos

AUTORÍA

Rubio, Alberto, 1928-2002

FECHA DE PUBLICACIÓN

1977

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Los despojos del sol [artículo] Alberto Rubio. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile

Mapa